

GABRIEL CELAYA: LA INTENSIDAD POLIFONICA

Proteica como pocas, y como pocas esencial, la obra entera de Gabriel Celaya (*) suma ya más de cuarenta libros y aún está vigorosamente abierta, consciente de su esencial desgracia pero abrazada a la vida con desesperación, ahogada de ritmos, estertores, segundas voces, solidaria e insurrecta, discordante a la vez que musical. La releo con pasmo, con terror de descubrimiento, como cuando una

(*) Gabriel Celaya: *Poesías completas* (1932-1976), Ed. Laia, Barcelona, 1977.

música —apostada en el hueco de la memoria— nos hace tropezar, se nos impone con exigente codicia y destruye de un seco manotazo la costosa e inútil secuencia de nuestras frágiles seguridades. Todo en ella parece decir: Malhaya la poesía juiciosa, ahíta de seguridades, que se encierra con siete llaves en su asepsia neutral. Malhaya la poesía que no suda, que no raspa, que no proviene de una ebriedad para volcarse o resonar en otra...

Entiendo —con Celaya— que la poesía ha de ser escándalo, subversión, estremecimiento y desequilibrio. No porque su materia sea la desgracia (qué fácil inventarla sin sentirla), sino porque su materia es el todo, lo excesivo, la extremada alegría y la extremada pena, la resonancia descoyuntada de lo vivo. Aunque cante al amor en su exceso relampagueante, aunque estalle de pánico alegría, siempre será trágica: tragedia del límite, traición oscura de lo que fatalmente se acaba.

Parece imposible que en un solo poeta se den registros tan vastos; que un solo hombre se pueda desdoblar, enfrentarse a sí mismo, aunarse —con idéntico brío— tal delicadeza, tal furia. Hay muchos Celayas y sería indecente tratar de someterlos a una camisa de fuerza. ¿Quién ampara esa desaforada diversidad? ¿Qué razón última —o mejor, qué vital sinrazón— le da cuerpo y sentido? Quiero pensar que es la propia biografía del poeta, es decir, su pavor y su pasmo de estar vivo, «la tromba que me arrastra, que me ama y destruye»... Siempre pensé que cada hombre es la suma infatigable de sus contradicciones, la resultante —jamás verificable, porque llega la muerte— de muchos dobles que batallan por anularse y por prevalecer. (Qué bien entiendo los heterónimos de un Pessoa, de un Félix Grande.) Desgraciadamente, esa suma contradictoria suele estar amputada —muñones vergonzantes que señalan otras tantas vías muertas— y apenas exhibimos una de las múltiples máscaras, tal vez la más sumisa, la que da cuenta de un oficio, de un rostro acartonado en el daguerrotipo de un solo gesto, la sorda cantinela de unos dogmas secretamente descreídos.

Es un insulto tachar de superficial al hombre que cubre en sí mismo numerosos destinos, al poeta que extrae de su pasión registros divergentes, al amante que nunca agota un cuerpo: es el ser que verdaderamente vive, el insurrecto que jamás se resigna a ser atrapado en una pose muerta: la de ser esto o aquello, la de estar aquí o allí, cuando se puede ser esto y aquello, y estar aquí y estar allí. Esa veleidad es sólo aparente. En el fondo traduce la más honda fidelidad a la vida que es múltiple, que si cierra una puerta ya está abriendo otras miles. Ese hombre reivindica, por todos, para todos, la libertad. Por eso el compromiso político de Celaya, con ser inequívoco, no es

reducible a ideologías. Celaya ama la libertad, pero la ama entera y para siempre, con audaz utopía; reivindica su cuerpo y el de todos; exige ser, pero lo exige de manera radical «porque apenas si nos dejan decir que somos quien somos», y ese vivir a golpes —que denunciaba en su severo y lúcido poema— era denuncia de una amputación —mucho más que política— vital.

Muy bien señala José María Valverde —en adensado prólogo a estas «Poesías completas»— la lección de un Celaya que daría materia para siete poetas, no tanto por cantidad de libros cuanto por variedad y originalidad, frente a tanta monotonía miniada. No voy a levantar bandera por una poesía de infinitos registros, si no es apasionadamente sentida. Yo apuesto, con mayor ahínco, por lo intenso. Y ahí es donde Celaya —en pleno sucederse arriesgado— se enfrenta con su propio dolor y justifica la «inutilidad» de toda poesía:

*«¡Oh, no serás dichoso,
mas sabrás que estás vivo!»*

JOSE MARIA BERMEJO (Ferraz, 35. MADRID-8).